

ANEXO 5

VOCACIÓN Y MISIÓN DE LOS ENS EN EL UMBRAL DEL TERCER MILENIO 2018

Introducción

Las transformaciones del mundo en que vivimos refuerzan la urgencia de discernir y de acoger con esperanza y audacia los signos de los tiempos. Los Equipos de Nuestra Señora, presentes en el mundo entero y reunidos en Fátima con ocasión de su XII Encuentro Internacional, no sabrían eludirlo.

Ya en 1988, con ocasión del VI Encuentro Internacional en Lourdes, el Equipo Responsable Internacional quiso analizar, en un documento titulado « El Segundo Aliento », las necesidades prioritarias de los matrimonios de la época para dar respuestas y algunas pistas que suscitasen la creatividad de los equipistas para evitar el estancamiento.

Treinta años después, es evidente que la realidad conyugal y familiar no deja de evolucionar, y que el ambiente en el que viven los matrimonios de hoy no se parece mucho al de 1947, fecha de promulgación de la « Carta », ni al del « Segundo Aliento » de 1988, si bien la cuestión fundamental planteada por el Padre Caffarel en 1939 continúa siendo la misma: « *Cómo amar siguiendo a Cristo* ».

Un mundo materialista y marcado por el ateísmo revela a los matrimonios cristianos, que experimentan la riqueza incomparable del matrimonio a través de su vida eclesial y sacramental, que ya no pueden contentarse con el sólo testimonio sobre el valor de este modelo conyugal. En una sociedad que ya no acepta un sistema de verdades preestablecidas, es indispensable, si no queremos faltar a nuestra misión apostólica de bautizados unidos por el sacramento del matrimonio, demostrar y justificar por medio de nuestra acción que las características del matrimonio cristiano son comprensibles, aceptables y beneficiosas desde el punto de vista de la razón humana, aunque ésta no esté iluminada por la fe.

Nuestra experiencia de fe cristiana hace de nosotros testigos privilegiados, no para imponer nuestras costumbres a una sociedad que no las quiere, sino para desvelar las características del triunfo del amor humano a esa misma sociedad que las oculta. El reto actual es encontrar nuevas vías para mostrar, sobre todo a los jóvenes, que matrimonio y familia no significan reclusión sino, muy al contrario, que son fuente de libertad interior, de apertura, camino de felicidad y camino hacia Dios.

El Padre Caffarel no dejó de repetir a lo largo de toda su vida que cualquier movimiento, para estar vivo, debía evolucionar. Para él, un movimiento vivo es aquel que se construye día a día, gracias a la acción de cada uno de sus miembros. Es por esto que el Equipo Responsable Internacional, al alba de este tercer milenio, ha querido compartir sus reflexiones sobre el futuro del Movimiento.

La concepción de este documento ha estado guiada por el *Discurso de Chantilly*, pronunciado por el Padre Caffarel el 3 de mayo de 1987 en el marco de un encuentro de responsables regionales europeos, y que desde entonces es una referencia en los Equipos de Nuestra Señora. El Padre Caffarel, con su espíritu profético, había ya previsto las nuevas situaciones que surgirían al nivel del Movimiento, a tenor de las grandes transformaciones del mundo y de la Iglesia que se vislumbraban. Él enunció tres principios a observar cuando se abordase una

actualización a propósito de la cuestión *¿Qué misión confiere a la pareja el sacramento del matrimonio?*; estos principios son los siguientes:

I. « Volver a la fuente, porque a veces la fuente está atascada, la fuente que yo llamo el carisma fundador »

II. « Tener en cuenta las necesidades y los valores de la época en que se está »

III. « Visualizar una prospectiva..., la dirección en la cual hay que invitar al Movimiento a progresar..., siempre vinculada con el carisma fundador ». Y hacía una precisión: la fidelidad al carisma fundador es esencial, pero no hay que confundir « ser fiel con quedarse anclado »

En la primera parte de este documento, volveremos pues a las fuentes, como invitaba el P. Caffarel, para distinguir los elementos inmutables de la vocación y misión ligados al carisma fundador dentro de los márgenes de libertad necesarios para responder a los desafíos de nuestra época.

La segunda parte tratará de poner el acento sobre los rasgos esenciales del cambio de época que estamos viviendo, tanto positivos como negativos.

En la tercera parte se ofrecerán algunas pistas para la misión; estas podrán ser puestas en práctica sobre el terreno con la ayuda y el soporte del Movimiento, que desea ser, en el seno de la Iglesia, fuerza propositiva y actor en el marco de la espiritualidad conyugal, núcleo central del carisma fundacional.

Este documento, « Vocación y Misión al alba del tercer milenio », es fruto de la dinámica sinodal puesta en práctica en los Equipos de Nuestra Señora para responder a la exhortación que el Papa Francisco dirige a la Iglesia universal « *para una nueva etapa evangelizadora* » (EG 1).

I. « Volver a la fuente »

Vocación y Misión

I-1 Vocación

La palabra vocación proviene del verbo latino *vocare* que significa llamar. El padre Caffarel, en el número 111-112 de *L'Anneau d'Or* titulado «El matrimonio, ese gran sacramento», explica bien la llamada que se dirige a las parejas unidas por el sacramento del matrimonio. La pareja cristiana, dice, es elegida, llamada por Dios. Y así como el bautismo consagra al individuo, el sacramento del matrimonio es la señal de que Dios consagra la llamada a la pareja cristiana. El sacramento del matrimonio es el signo de la alianza entre Cristo y la Iglesia, la alianza entre Dios y el mundo. Dios es la fuente del amor. Es Dios quien deposita su amor en el amor humano para que la pareja se abra a ese mundo que Dios ama y por el cual envió a su Hijo. El amor conyugal es ahí transformado, a condición de que la pareja cristiana, así introducida en el reino de Dios, consienta en convertirse en célula de la Iglesia. Esta transformación se lleva a cabo gradualmente a lo largo de su vida porque seguir a Dios es exigente.

El camino de santidad que la pareja elige tomar el día de su matrimonio continúa durante toda su vida. Es una larga peregrinación que debe alejarnos del pecado cada día más para llevarnos a Dios. A través del sacramento del matrimonio, la unción del Espíritu Santo llena nuestros seres y nos acompaña. Como dice el padre Louis de Raynal en su libro «La Buena noticia del Matrimonio», *podemos hablar del matrimonio*

como un sacramento permanente. La vocación de la pareja y la familia a hacer de su vida cristiana una vida de comunión con Dios va acompañada del amor de Cristo que une, restaura y perfecciona lentamente el matrimonio, *la obra maestra de Dios*, como afirmó nuestro fundador. Conducir a las parejas unidas por el sacramento del matrimonio a transformar en Cristo su vida conyugal y familiar es claramente la intuición básica de nuestro Movimiento. La espiritualidad y la acción se enriquecen mutuamente.

Dos cristianos que eligen unirse a través del sacramento del matrimonio se comprometen entre sí pero también con la Iglesia. Pío XII declaraba en « *Mystici Corporis* »: « *Cristo ha provisto de manera especial las necesidades orgánicas de la Iglesia mediante la institución de los dos sacramentos: matrimonio y orden* », dos sacramentos complementarios « ordenados a la salvación de los demás » (Catecismo de la Iglesia Católica – 1534).

I-2 Misión

Como en toda vocación, la llamada de Dios a la pareja cristiana va acompañada de una función a ejercer para su servicio. Ya por su bautismo y confirmación, cada cristiano debe contribuir al crecimiento de la Iglesia. Pero el matrimonio cristiano debe aplicarse a ello de una manera específica e irremplazable.

El primer aspecto de esta misión apostólica es dar a conocer a Dios, proclamar su amor. En efecto, según la expresión de San Pablo, el amor nos urge a anunciar a los demás la Buena Noticia y a compartir las riquezas espirituales de una vida con Dios. El padre Caffarel ya vio en esta misión una respuesta al desafío lanzado a los cristianos por el ateísmo que se apodera de nuestro mundo.

El segundo aspecto de esta misión apostólica es tomar conciencia de la paternidad responsable de la pareja, como indicaba Juan XXIII. El padre Caffarel subrayaba que Dios nos había confiado la tarea de ser para nuestros hijos testigos y profetas de su amor. La familia es el medio nutricional de la fe; aquí es donde los niños tienen el primer contacto con la fe. En «*El matrimonio, ese gran sacramento*», declara: «*Escuchad a Cristo deciros: Con vosotros y por vosotros, padres y madres, quiero multiplicarme y formar nuevos hijos del Padre del Cielo*». Es imposible soñar con una sociedad renovada sin una familia renovada. Es en ésta donde se educan y se forman «*los hombres nuevos que pueden cambiar el mundo*» (Cardenal Pironio).

Pero el padre Caffarel no reduce la misión apostólica del matrimonio cristiano a los propios hijos; el tercer aspecto de su misión debería llevarlos a preguntarse qué tienen que hacer con todos aquellos que esperan, en el mundo, la Buena Noticia del Matrimonio.

Para el Padre Caffarel, el matrimonio cristiano y la familia deben ejercer un apostolado de acogida y hospitalidad, una función de mediación entre el mundo y la Iglesia. Deben ser un albergue en el camino hacia la Iglesia para personas o parejas frágiles, aisladas, desanimadas, traumatizadas, para neófitos... Él describía el hogar cristiano como *instrumento de apostolado excepcionalmente efectivo*. Proponer el matrimonio indisoluble como opción de vida no debe llevarnos a perder la capacidad y la voluntad de acompañar a todos los que anhelan el amor. Los Equipos de Nuestra Señora invitan a los matrimonios equipistas a vivir un camino de santidad, con Jesús como compañero de ruta, haciendo florecer las gracias del matrimonio basado en la indisolubilidad y la fidelidad. Los no creyentes, pensaba el Padre Henri Caffarel, podrían familiarizarse con la Iglesia frecuentando hogares cristianos.

El Padre Caffarel deja claro que este apostolado del matrimonio cristiano no debe limitarse al círculo de la familia y algunos amigos. Para él, esa caridad que nos insufla Cristo debe irradiarse ampliamente en nuestro alrededor y ser fermento de unidad para el mundo. Pero es algo que va aún más lejos, sobrepasando el simple marco del testimonio y de la irradiación. Su propuesta es inequívoca: *«El apostolado no es solo un testimonio y una irradiación, sino también una tarea»*. Para él, existe una estrecha interdependencia entre el amor conyugal y el apostolado. Lo que dice San Pablo del hogar de Aquila y Priscila: *«mis ayudantes en el apostolado»*, es necesario que Cristo lo pueda decir de todo matrimonio cristiano. Siendo verdaderamente parte del Cuerpo Místico, la pareja no puede quedar satisfecha con recibir, debe dar y debe ser sujeto activo. Nuestro fundador espoleó siempre a los Equipos de Nuestra Señora para que no se quedasen centrados en sí mismos, disfrutando de la comodidad de permanecer entre ellos sin confrontarse a lo que sucede afuera. De ahí la exhortación que el Padre Caffarel pone líricamente en la boca de Dios, en su discurso en Roma en 1970 titulado « Ante el ateísmo »: *Pareja humana... ¿comprendes la inmensa esperanza que pongo en ti? Eres portadora de mi reputación, de mi gloria, eres para el universo el gran motivo de esperanza... porque tú eres el amor*.

Estas repetidas advertencias del padre Caffarel demuestran, al contrario de lo que a veces hemos podido escuchar, que la misión juega un papel esencial a sus ojos, porque no puede haber vocación sin misión. En el Discurso de Chantilly, él nos recuerda la palabra de Cristo: *« El árbol será juzgado por sus frutos »* e insiste agregando *«no por su belleza, sino por sus frutos ... no se trata de cultivar su belleza, sino que se trata de participar en esa evolución de la creación que tiende hacia un fin »*. Para él, nuestro campo de misión es más específicamente el del matrimonio. Esta es la razón por la cual, en un mundo donde el matrimonio cristiano y la familia representan un camino de felicidad y santidad solo para una minoría, es hora de interrogarnos sobre la legibilidad del mensaje de los Equipos de Nuestra Señora hoy, fuera del mismo Movimiento, y reflexionar para aportar respuestas nuevas y adaptadas, si no queremos alejarnos de nuestro prójimo y por lo tanto dejar de ser apóstoles.

I-3 Acción

Lo que el padre Caffarel refutaba no era la acción en sí misma sino una acción desconectada de su fuente divina. Este es el papel irremplazable del equipo de base que nos ayuda a revitalizarnos.

En efecto, las diferentes formas de apostolado son atribuidas a la pareja por Dios, que es el origen de todo amor. Es de ese amor del que proviene la gracia que se da a la pareja cristiana y la fortalece. Para que esta fuente no se agote, para que nuestros recursos apostólicos sean fructíferos, el Padre Caffarel nos invita a *« tomar posición con respecto a Cristo »*. A través de una fe viva, nutrida por la Palabra, la oración y la meditación, la pareja puede ser penetrada cada día más por el punto de vista de Cristo sobre el mundo, sobre los acontecimientos. Así es como se operará una transformación de nuestro matrimonio que le llevará a discernir y actuar mejor según la perspectiva de Cristo. La palabra de Cristo en el Evangelio hace que el matrimonio sea una comunidad de amor. De ahí brota la fuerza misionera de la pareja.

El padre Caffarel lo expresó muy bien, al decir: *« La comunidad de oración y la comunidad misionera son como el anverso y el reverso de la comunidad de amor que es el matrimonio... Al igual que la cristiandad, la familia se deteriora cuando no recurre habitualmente al Evangelio. Y tanto en la pareja como en la Iglesia, siempre es el retorno al Evangelio el que da lugar a la renovación. Porque el Evangelio es Jesucristo »*.

que habla. Y la palabra de Jesucristo es espíritu y vida » (Anneau d'Or 117-118: «Le mariage, route vers Dieu »)

Dios nos llama a vivir este gran Amor; no podemos ocultar lo que vivimos y tenemos el deber de ayudar a otros a ejercitarse en ese amor.

II. « Tener en cuenta las necesidades y los valores de la época en que se está»

Un mundo cambiante interpela a los ENS

No estamos simplemente en una época de cambios, sino en un cambio de época. Asistimos a la llegada de un nuevo sistema cultural que, aun partiendo muchas veces de nuestros propios valores cristianos, parece distanciarse de ellos, distorsionarlos o incluso cuestionarlos estructuralmente. La sociedad actual no parece dispuesta a adaptarse a verdades y costumbres preestablecidas. Al contrario, en el mundo de hoy son las realidades vividas las que interpelan a las normas, pidiendo justificaciones y respuestas coherentes.

Nuestro mundo está todavía lejos del ideal cristiano de un desarrollo humano integral y respetuoso con la creación que alcance a todos los pueblos de la tierra. El progreso económico y tecnológico global de las últimas décadas ha ido acompañado de desviaciones y desequilibrios que terminan por afectar a las familias, tanto en los países desarrollados como en los más pobres.

Así, se nos presenta un mundo lleno de contradicciones y discontinuidades, en el que no se vislumbra con claridad el futuro. ¡Por eso mismo podemos cambiarlo y debemos actuar!

Resuenan urgentes las exhortaciones de la Iglesia a afrontar con esperanza, audacia y alegría los retos de este mundo en transformación, lleno de heridas y de frustraciones, pero también lleno de oportunidades y de recursos. Los Equipos de Nuestra Señora acogen con entusiasmo esta llamada siempre renovada a dejarse evangelizar por el Espíritu para, a su vez, ser evangelizadores. Pero si queremos ser apóstoles coherentes, debemos comprender con una inteligencia espiritual, es decir cultural y cristiana al mismo tiempo, dónde nos encontramos.

Desde un punto de vista económico estamos inmersos en la cultura de la *globalización* de los medios de producción, de los hábitos de consumo y de la información. Las oportunidades de crear trabajo y riqueza en cualquier punto del planeta van acompañadas de una gran competitividad entre los estados, y a veces de una mayor desprotección social, de la explotación ilimitada de los recursos de la tierra y de prácticas especulativas y corruptas. Una consecuencia de todo esto es la situación de tensión permanente para gran parte de la humanidad y el enorme crecimiento de las migraciones, libres o forzadas. Estas son causa de dificultades para desarrollar proyectos estables de matrimonio y familia, pero también son fuente de riqueza y ocasión de acogida e intercambio, al acercar las periferias a la puerta de nuestras casas.

A la globalización económica se asocia la *urbanización global*. La concentración de la población en las grandes ciudades y la difusión generalizada de la cultura urbana es la otra cara del abandono de territorios y valores tradicionales. Las ciudades son lugares privilegiados para la Nueva Evangelización, pero exigen una gran imaginación para crear espacios de encuentro y comunión atractivos y significativos para sus habitantes.

El desarrollo del mundo actual está también asociado al progreso tecnológico en los campos de la naturaleza, de la vida y de la comunicación. Sin duda son avances que permiten mejorar el bienestar de la gente, sus condiciones de vida y su libertad. Pero

también alientan sentimientos exagerados de autosuficiencia y autosatisfacción, que llevan a las personas a preocuparse más del cómo que del porqué de sus decisiones. Es la cultura de la eficiencia y de la utilidad: sólo tiene valor aquel o aquello que es útil, y no hay límites éticos en la manipulación de la naturaleza con tal de satisfacer mis deseos.

Desde un punto de vista social, cuando la competitividad y el consumo esconden un desprecio de la ética, e incluso de Dios, se da paso a *la cultura del descarte y de la desprotección*. El ser humano queda reducido a su capacidad de producir o de consumir. Quien carece de ellas ya no está abajo o en la periferia de la sociedad, está afuera. Para sostener un estilo de vida que excluye a muchos, el mundo ha desarrollado una *globalización de la indiferencia*: sin ser muy conscientes de ello, como anestesiados, perdemos la capacidad de ver y tocar al herido al borde del camino.

La indiferencia afecta a menudo a los ancianos, cuyo número crece proporcionalmente y corren el riesgo de ser considerados como un peso. Su dependencia a veces es explotada económicamente. Para algunos de ellos, la soledad llega a ser insoportable. Afortunadamente, la mayoría reciben amor y cuidados de las familias, y acogida y atención espiritual por parte de la Iglesia y sus Movimientos.

La *cultura del descarte* es también *cultura del derroche*, del ‘usar y tirar’, que afecta negativamente a la naturaleza y a la calidad de vida. *Dios habla al hombre a través de la creación visible*, y lo que escuchamos, junto a los lamentos de los abandonados, es el grito de la hermana Tierra, maltratada como nunca antes, pidiendo un cambio de rumbo. Dios puso su Creación en manos de una pareja, así que somos herederos y responsables de que nuestra casa común responda al proyecto de belleza y plenitud que Él soñó. Ciertamente la persona está por encima de la naturaleza, pero si la Tierra se va a perder, si la calidad de vida de nuestros semejantes continúa deteriorándose, nuestro mensaje sobre el amor y el matrimonio no encontrará ningún oído atento; las prioridades de la gente serán otras.

En las relaciones afectivas, conyugales y familiares vemos muchas transformaciones positivas, pero también grandes contradicciones y amenazas. La indiferencia provoca desprotección. Las estructuras sociales apoyan menos que en el pasado la vida afectiva y familiar de las personas. También aquí encontramos grandes paradojas. Muchos, sobre todo jóvenes, padecen una falta de posibilidades en el acceso a la vivienda y servicios básicos, o unas condiciones laborales precarias que dificultan la construcción de hogares y la acogida de la vida. Sin embargo, esa misma cultura de la competitividad y del consumismo hedonista ofrece a otros, muchas tantas oportunidades que tampoco se sienten inclinados al compromiso de formar una familia. *Familia y hogar se reclaman mutuamente*, y muchas veces falta al menos uno de los dos.

Viejas formas de familia presididas por el autoritarismo y los excesos patriarcales van desapareciendo para desvelar la verdadera alma del matrimonio, que es el amor; sin embargo, la sociedad parece despreciar también la riqueza tantas veces demostrada de la unión monógama, definitiva y abierta a la vida de un hombre y una mujer.

Mientras tanto, la palabra *familia* va incluyendo en nuestra sociedad realidades muy variadas.

El reconocimiento de la idéntica dignidad de la mujer y el hombre ha avanzado decisivamente, aunque persisten violencias y prácticas inaceptables, y surgen nuevas formas de explotación del cuerpo femenino. La comprensible lucha feminista llega a

veces a extremos irracionales e inquietantes, al negar la diferencia y la reciprocidad natural entre los sexos y al pretender imponer autoritariamente la llamada « ideología de género », según la cual la identidad humana depende sólo de opciones individualistas.

La exaltación del « yo » es el signo de nuestros tiempos. Podemos encontrar valores positivos en el deseo de cultivar lo mejor de uno mismo y ejercer la libertad de proyectar la propia vida, pero sin objetivos nobles y disciplina personal se degenera fácilmente en la incapacidad de donarse generosamente. Entonces, la cultura del individualismo entra sutilmente en el dominio de la familia para reconducirla a sí mismo. Si el rey es el 'yo', y no el 'nosotros', entonces el matrimonio y la familia están al servicio del individuo y no al contrario, y pueden constituirse y modificarse de cualquier manera de acuerdo a la sensibilidad y los deseos de cada cual. Así es más fácil justificar la falta de compromiso y las rupturas.

La cultura del descarte no promueve el verdadero amor basado en la fidelidad; ella se manifiesta en la rapidez con la que las personas *consumen* relaciones afectivas, pasando con facilidad de una a otra. Las crisis matrimoniales se afrontan frecuentemente de un modo superficial, impaciente y egoísta. Los fracasos dan origen a nuevas relaciones y nuevas uniones, generando situaciones cada vez más difíciles de interpretar y de vivir, especialmente por los hijos, y también más problemáticas para la opción cristiana.

La paradoja es que, en este contexto, el deseo de una unión estable y de una familia sigue vivo en el fondo de las personas y esto motiva a la Iglesia.

En el ámbito religioso la cultura individualista conduce al relativismo moral y a la reclusión de Dios en la esfera de lo privado. La vida pública se empobrece de valores objetivamente buenos para todos, y la sociedad deja de arropar y orientar con claridad a las personas en las grandes encrucijadas de la existencia.

El debilitamiento de la fe y de la práctica religiosa deja a las familias más solas con sus dificultades. Muchas personas sufren el infierno de la soledad, provocado por la fragilidad de las relaciones y la ausencia de Dios en sus vidas. En este campo prosperan nuevas 'ofertas' religiosas, algunas tendentes al fundamentalismo y otras que proponen una espiritualidad sin Dios. Estas falaces propuestas se aprovechan muchas veces de las personas con más carencias, las que sobreviven en medio de grandes dolores en las periferias y zonas más empobrecidas.

Además, es necesario reconocer con el Papa Francisco que, si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades.

III. « Visualizar una prospectiva..., la dirección en la cual hay que invitar al Movimiento a progresar... »

¿A qué desafíos concretos puede responder el Movimiento, y cómo?

Hay un desafío sustancial y un objetivo de fondo para nuestra Misión: *ayudar a descubrir y a vivir la verdadera naturaleza del amor humano*, que la cultura actual tiende a desfigurar.

El CAPÍTULO CUATRO de Amoris Laetitia muestra el esplendor del verdadero amor: una tarea artesanal que se realiza en las innumerables luces y sombras de lo

cotidiano, lugar para amar de la mañana a la noche, asumiendo y superando imperfecciones propias y ajenas; una realidad que se transforma a lo largo de la vida sin perder su esencia ; un compromiso definitivo y duradero que reclama y provoca la unión con Dios. En definitiva, nuestra Misión es mostrar, ofrecer y ayudar a recorrer un camino de felicidad y de santidad.

Los Equipos de Nuestra Señora sienten que el Señor no cesa de darles la fuerza y los medios necesarios para avanzar confiadamente en esa tarea. Como el Papa Francisco constató en su discurso de 2015 ante los responsables del Movimiento, poseemos algo que debe ser compartido. Fue sin duda una llamada a poner la pedagogía de los Equipos al servicio de su Misión: en ella está a un tiempo nuestra fuerza y aquello que podemos compartir.

Naturalmente, los Equipos de Nuestra Señora deben responder a la llamada de la Iglesia a partir de lo que son. *Vivir la Misión desde nuestro carisma* significa realizarla en pareja, compartirla en equipo y contar con el impulso y el respaldo del Movimiento.

En esta nueva etapa, el Movimiento como tal asume con clara conciencia el sentido real de su misión en la Iglesia y en el mundo. Por ello reafirma que su fin carismático es no sólo el cultivo de la espiritualidad conyugal sino la promoción de un espíritu misionero en cada miembro, en cada equipo. Con este propósito, y sin ningún menoscabo de la libertad y de la iniciativa personal de los equipistas, apoyará y fomentará con su estructura organizativa y su animación programas concretos de acompañamiento a las parejas en las situaciones que el mundo de hoy provoca. Esa es nuestra fortaleza y esa es la contribución concreta que podemos brindar a la Iglesia y al mundo hoy.

¿Cómo concretar aún más este espíritu y esta nueva dinámica misionera? Dejándonos inspirar por las palabras clave que insistentemente nos lanza el Papa Francisco: *discernir, acoger, acompañar*.

III-1 Discernir y Acoger

Acogida: he aquí una palabra que forma parte de la identidad del Movimiento desde su Carta fundacional. El P. Caffarel habló del *ministerio de la hospitalidad cristiana*, una importantísima función que contribuye a la vida y al crecimiento de la Iglesia. El hogar o la pequeña comunidad que acoge en su intimidad, breve o prolongadamente, ofrece no sólo calor humano sino la irradiación de su amor, la propia presencia de Cristo. Así, « *el no creyente, el poco creyente, el infeliz, el abandonado, el pecador, se vuelven a encontrar con la gran Iglesia, se familiarizan con ella y se orientan hacia los sacramentos y la liturgia.*» En la perspectiva de la Nueva Evangelización, es vital mantener este espíritu de acogida en los Equipos de Nuestra Señora, y practicarlo sin olvidar que el Señor recibe en su casa, no en la del vecino.

El Colegio Internacional reunido en Florianópolis (2017) expresó el deseo de acoger con empatía y de manera pragmática la palabra del Papa Francisco, expresada en *Amoris Laetitia*; acogerla en el marco de nuestro carisma específico. No sólo el mundo sino también la Iglesia interpela a los ENS, porque nuestro carisma está a su servicio.

La idea de « *Iglesia en salida* » que promueve el Papa Francisco, incorpora un sentido de acción a la práctica de acoger, algo que ya fue proféticamente visto por el P. Caffarel: « *en el corazón del hombre duerme el presentimiento de que Dios se presentará un día bajo el rostro del huésped y que no hay que arriesgarse a rechazarlo. Entonces no esperará a que venga a llamar a su puerta, sino que saldrá a invitarle. Esa es la primera manifestación de la virtud de la hospitalidad. La intuición*

del corazón hace descubrir sin esfuerzos a quien hay que dirigir la invitación. » . En su discurso a los ENS (Roma, 2015) el Papa nos animó en primer lugar a poner en práctica y a vivir en profundidad, con constancia y perseverancia, la espiritualidad que siguen los Equipos de Nuestra Señora. Pero también nos recordó que la espiritualidad conyugal, si no es misionera, queda a mitad del camino. Es mucho lo que recibimos de Cristo y de la Iglesia en los Equipos, por eso el Movimiento se siente irresistiblemente enviado hacia fuera para dar testimonio y transmitir eso que ha recibido.

Como quería el padre Caffarel, los Equipos deben ser ya esa « fuerza de choque » de una Iglesia que sale de su propia comodidad al encuentro del necesitado.

Es una llamada comunitaria y una llamada personal: la Nueva Evangelización implica un nuevo protagonismo de cada equipista, no de actores cualificados. Nuestra será el estímulo constante para no quedarnos en la mediocridad y seguir creciendo hacia la santidad: la misión provoca imperfección un camino de formación y de maduración.

Todo esto puede significar un nuevo impulso y **un nuevo espíritu en la Difusión del Movimiento**. En efecto, en el marco de la *Nueva Evangelización*, es importante dar a conocer las riquezas del matrimonio cristiano en el mayor número posible de países. Sabemos bien la medida en que la pedagogía de los Equipos de Nuestra Señora hace evolucionar positivamente la relación hombre-mujer en cualquier contexto geográfico.

Además, hoy en día la internacionalidad, la diversidad cultural, las diferencias socioeconómicas, las comunidades de otros ritos católicos... están a la puerta de nuestras casas o, como muy lejos, en el barrio vecino. Es hora de romper muchas barreras en la expansión del Movimiento y de la Buena Noticia que lleva con él. Cuando buscamos integrar una nueva pareja en nuestro equipo, o cuando planeamos la difusión y la información ENS en nuestro Sector, ¿salimos a buscar sólo al que es *como nosotros*, o consideramos la opción de dar la bienvenida al *extranjero*? Muchas veces somos sólo pescadores en una pecera, ¡vayamos sin miedo mar adentro!

¿Y cómo ensanchar nuestra capacidad de acogida dentro de los contornos marcados por el carisma recibido en el Movimiento y por los Estatutos Canónicos de los que se ha dotado?

No hay una respuesta simple, pero sabemos, por la biología, que una célula sana necesita un núcleo fuerte y un contorno poroso que permita intercambios en algunas situaciones. Por otra parte, la llamada de la Iglesia tampoco permite habitar los Equipos de Nuestra Señora como una fortaleza para defenderse del mundo.

Los Estatutos Canónicos de los Equipos de Nuestra Señora marcan unas reglas a respetar para la aceptación de miembros, las cuales delimitan un contorno preciso en la noción de *pertenencia* plena al Movimiento. Al mismo tiempo, el Movimiento actúa con un espíritu de misericordia, prudencia y caridad cuando tiene que afrontar las situaciones particulares que pueden surgir, discerniendo cada caso, en su lugar y en su momento, sin perder de vista el carisma fundador. En la línea del CAPÍTULO OCTAVO de *Amoris Laetitia*, este tipo de acogida significa un acompañamiento que podría conducir a una cierta *participación* en la dinámica del Movimiento, lo que no supone, por lo tanto, la pertenencia a este. Desde la perspectiva de la Vocación y Misión de los Equipos, esta respuesta es compatible con nuestro Carisma de la espiritualidad conyugal, si reconocemos que hay algo de conyugalidad en cualquier pareja, hombre y mujer, que se compromete a un verdadero amor y busca a Dios.

El discernimiento sobre la capacidad de acoger evoca el misterio de nuestro Dios, eterno e infinito, que se hace infinitamente pequeño para llegar a todos con su misericordia.

III-2 Discernir y Acompañar

Ante todo, el Papa Francisco señala el gran desafío cultural, espiritual y educativo de apostar por otro estilo de vida, por una conversión integral a una vida plenamente cristiana. Y la familia es un lugar privilegiado para concretar esa conversión: ella es el lugar donde la vida es acogida y protegida; en ella cultivamos los primeros reflejos del amor, del compartir y del respeto por las cosas que son de todos; en ella se practica la hospitalidad... Sobre esta base, la Iglesia subraya fuertemente la necesidad de fortalecer la educación de los hijos y desmontar los obstáculos para la transmisión de la fe en la familia.

La familia es el marco idóneo para el diálogo y el intercambio entre generaciones. Los jóvenes tienen una nueva sensibilidad y un espíritu generoso, y muchos luchan admirablemente por un mundo más justo y más abierto; ellos pueden ayudarnos a discernir mientras recorremos algunos de los caminos esenciales de conversión y de misión que nos señala hoy la Iglesia:

- Desarrollar una conciencia ecológica que conduce a un estilo de vida más simple, humilde y solidario.
- Superar la desconfianza, las actitudes defensivas, y abrir círculos para ir al encuentro de los demás en las fronteras de la diversidad, porque allí el Espíritu también sopla fuerte.
- Promover el respeto a la dignidad de la persona y el ejercicio ético y responsable de la libertad, en particular en el terreno de las relaciones afectivas y sexuales.

La Iglesia reconoce que los *matrimonios cristianos, por la gracia del sacramento nupcial, son los principales agentes de la pastoral familiar*. Y es que no se trata de convencer con teorías ni de imponer doctrinas, sino de mostrar desde la experiencia el atractivo del amor conyugal y familiar, el cual responde a las expectativas más profundas del ser humano y es el antídoto para la egolatría que hoy envenena el mundo.

Nosotros, cristianos y casados, tenemos la experiencia de que el amor es más fuerte que todas las muertes que pueda conocer una pareja, si permanecemos unidos a Cristo. Sabemos bien que el matrimonio es un proceso que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios. Esta es la alegría y la esperanza que podemos transmitir.

La palabra clave es *acompañar*. El Papa Francisco insiste en la necesidad de practicar el « arte del acompañamiento » de los procesos de crecimiento. Y los Equipos estamos ya iniciados en ese arte que implica acogida, escucha, compasión, aliento, paciencia, discernimiento, reciprocidad ... Estamos llamados por la Iglesia a acompañar especialmente los momentos de mayor fragilidad : el camino hacia el compromiso firme y duradero ; los primeros años de vida matrimonial ; las etapas de crisis y dificultades ; las situaciones complejas derivadas de fracasos, abandonos e incomprendiones.

III-3 Practicar «el arte del acompañamiento»

En el ámbito de la educación y de la transmisión de la fe Uno de los desafíos fundamentales al que se enfrentan las familias de hoy es sin duda el de la educación, que se hace más exigente y compleja a causa de la situación cultural y la gran influencia de los medios de comunicación. La transmisión de la fe, que en otro tiempo parecía funcionar sola, hoy es algo problemático, en un mundo desacralizado y materialista donde todo se cuestiona. Los Equipos de Nuestra Señora deben implicarse en este asunto y ayudar a los padres en la educación cristiana de sus hijos. Pueden colaborar con los padres, por medio de una acción pastoral adecuada, en su misión educadora.

Esto se hace ya por iniciativas aisladas, pero sería útil que los responsables intenten proponer durante las jornadas o encuentros del Sector actividades simultáneas de tipo religioso dirigidas a los hijos. Durante los retiros, por ejemplo, por qué no invitar a los niños a participar en una Escuela de oración, como se hace ya en muchos Sectores. El encuentro educativo con los hijos puede ser facilitado por las tecnologías de la comunicación y del entretenimiento, cada vez más sofisticadas; los niños necesitan símbolos, gestos, historias. Los adolescentes generalmente entran en crisis respecto a la autoridad y las normas; por eso, conviene estimular sus propias experiencias de fe y ofrecerles testimonios luminosos que se impongan por su propia belleza. La redinamización de los Equipos de Nuestra Señora Jóvenes sería la continuación lógica de esta atención dedicada a los más jóvenes.

El Padre Caffarel elogiaba la virtud del ejemplo; para él, las familias misioneras alumbraban no solamente hijos misioneros, sino que eran el origen de numerosas vocaciones. Hoy en día, cuando la transmisión de la fe es más difícil para las familias, los Equipos de Nuestra Señora, como toda comunidad de Iglesia, deben preocuparse de prestar su ayuda a los padres. La fraternidad que nos une nos obliga a ello.

En el ámbito de la preparación y el acompañamiento al matrimonio La misión primordial de los Equipos de Nuestra Señora es, por supuesto, irradiar la buena noticia del matrimonio. Desde siempre, numerosos equipistas trabajan en los centros de preparación al matrimonio, pero el lamento expresado por el Padre Caffarel durante su conferencia en Chantilly en 1987 merece una verdadera reflexión. *« No pienso que los Equipos de Nuestra Señora hubieran debido dirigir la preparación al matrimonio, pero sí pienso que hubieran debido tener Centros de Preparación al Matrimonio que habrían sido referentes para otros centros, a partir justamente de la espiritualidad que habían descubierto. »*

Es precisa una reflexión para imaginar y crear, inspirándose siempre en la pedagogía de nuestro Movimiento, módulos o recorridos que puedan proponerse a jóvenes parejas recién casadas que deseen beneficiarse de un acompañamiento en los primeros años de su matrimonio sin la exigencia de integrarse en un movimiento. El papa Francisco ha expresado muy bien esta necesidad actual en *Amoris Laetitia* (211) *« Tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que los novios no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los lanza hacia adelante, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles. La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros. Estos aportes no son únicamente convicciones doctrinales, ni siquiera pueden reducirse a los preciosos recursos espirituales que siempre ofrece la Iglesia, sino que también deben ser caminos prácticos, consejos bien encarnados, tácticas tomadas de la experiencia, orientaciones psicológicas. Todo esto configura una pedagogía del amor que no puede ignorar la sensibilidad actual de los jóvenes, en orden a movilizarlos interiormente. »*

Los Equipos de Nuestra Señora en el mundo de hoy no sabrían ignorar a todos esos jóvenes que no se atreven a elegir la vía del compromiso matrimonial y prefieren vivir en situación de 'unión de hecho'. Sus razones son múltiples. Es responsabilidad nuestra, sin juicios ni proselitismo, aproximarnos a ellos para explicarles por qué, contrariamente a lo que se preconiza hoy en día, el matrimonio cristiano es un camino de felicidad. Gracias a la pedagogía utilizada en los Equipos, es posible ayudarles a caminar hacia el matrimonio, e incluso suscitar en ellos el deseo de ir más lejos en el camino de la fe. Existen ya varias experiencias, como los «Equipos Tándem» o «Más pareja», o «Experiencias Comunitarias». Basta con adaptarlas y enriquecerlas según la realidad y la cultura de cada país.

La implicación de los responsables del Movimiento en la pastoral de las diócesis debe ser fuerte. Es un desafío que se nos lanza, si queremos que nuestro Movimiento sea fecundo hacia afuera y dé frutos.

En el ámbito de las crisis de pareja También sabemos que hoy en día ningún país se libra de lo que en general se llama “*la crisis de la pareja*” que a menudo surge en los primeros años de la convivencia. ¿Es que esta crisis es una fatalidad ante la cual no se puede hacer nada? Si los Equipos de Nuestra Señora piensan que no, entonces tienen que actuar.

Como ‘*especialistas de la pareja*’, ¿acaso no tienen algo que aportar en una sociedad que en la actualidad no propone más que la separación y el divorcio como salidas a las crisis conyugales? Para alcanzar este objetivo, es más que nunca necesaria la puesta en marcha de una verdadera *pastoral del acompañamiento*, además de las proposiciones ya existentes que conviene, por supuesto, alentar y desarrollar siempre que sea posible. ¿No podrían los equipos ofrecer soluciones de acompañamiento de parejas, en unión de profesionales del tema, antes de que la crisis resulte irremediable? ¿No es posible llevar el testimonio de la grandeza del matrimonio, de su riqueza, de su belleza y de su perennidad a pesar de las tempestades que, muy naturalmente, lo agitan.

A lo largo del tiempo, los Equipos de Nuestra Señora han sabido crear propuestas que responden a muchas situaciones provocadas en las parejas por las circunstancias de la vida. Lo que han buscado siempre los ENS es que, a través de las inevitables crisis, la unión de los cónyuges sea sólida, duradera y vivida en la Fe.

Aprender a anticipar la crisis antes de que sea irremediable sería ciertamente una buena base de discernimiento. Los Equipos de Nuestra Señora saben inventar y crear en este terreno. Algunos países tienen iniciativas muy interesantes que merecen ser conocidas y diseminadas en el mayor número de países posible. Por ejemplo, animar y apoyar a los equipistas a formarse como consejeros matrimoniales que puedan ayudar más eficazmente a parejas en crisis, cuya separación podría evitarse en muchas ocasiones. Por cierto, que el Padre Caffarel ya había lanzado esta misma idea en su discurso de Chantilly: «*Desearía que los Equipos de Nuestra Señora tuvieran consejeros conyugales, sin pretender tener un monopolio, para que ofrezcan referencias de orientación conyugal en la línea del Carisma fundacional.*»

En otros lugares los responsables organizan regularmente, a lo largo de todo el año, allí donde es posible, conferencias abiertas a cualquiera sobre temas relacionados con la pareja y la familia. Dos ventajas: los Equipos de Nuestra Señora se dirigen más allá de los equipistas y, así, pueden ayudar a encontrar respuestas a las preguntas que se hace la sociedad (educación, ética, sexualidad, antropología del amor, del matrimonio...)

Esta ayuda mutua podría ponerse en práctica incluso en las zonas más apartadas y desfavorecidas gracias a los diferentes medios de comunicación de que disponemos hoy en día.

En un mismo espíritu, el Movimiento podría crear a diferentes niveles equipos capaces de intervenir acerca de unos u otros temas.

En el ámbito de las parejas que han constituido una nueva unión

Tampoco podemos ignorar la cuestión de las parejas separadas o divorciadas que han constituido una segunda unión, y que la desean duradera y vivida en la fe. Desde hace muchos años, los Papas y los Obispos nos invitan a implicarnos en esta realidad. El discurso que el Papa Francisco dirigió a los Equipos de Nuestra Señora en 2015 es muy claro a este respecto: « *Es muy importante pues que podáis aportar vuestro testimonio y experiencia para ayudar a las comunidades cristianas a discernir las situaciones concretas de esas personas, a acogerlas con sus heridas, y a ayudarlas a caminar en la fe y en la verdad, bajo la mirada del Cristo Buen Pastor, para que tomen su legítima parte en la vida de la Iglesia.* » En Francia, los «Equipos Reliance» son una propuesta, pero es preciso avanzar si queremos que muchos más puedan experimentar la misericordia de Dios.

Está claro que para que todas estas propuestas sean eficaces no pueden ser individuales o elaboradas sin el apoyo de los Consiliarios espirituales. La tarea de ayudar a la renovación de la fe corresponde a los Consiliarios: « *es imposible disociar la misión del sacerdote de la misión de Cristo; aquella la prolonga y la perpetúa a través de los siglos* » (Padre Henri Caffarel). A nivel de Sectores o de Regiones, según los casos, el Movimiento debe iniciar grupos de reflexión y poner en marcha experiencias en estrecha relación con las diócesis, que parecen ser el nivel más adecuado para lograr una buena difusión.

En el ámbito de las personas ancianas Nuestro Movimiento debe adaptarse al mundo moderno sin dejar de lado a nuestros ancianos. Debemos tener en cuenta la soledad que pueden sufrir. Las iniciativas a imaginar y tomar sobre el terreno deberán estar en función de las expectativas que se perciban. Este es un desafío para todos nosotros. Marie d'Amonville, viuda de Louis, antiguos colaboradores del Padre Caffarel, propone crear allí donde sea posible un nuevo Movimiento ligado a los Equipos de Nuestra Señora, denominado «La vida ante nosotros», para vivir como una etapa de gracia la preparación al «gran paso».

El nacimiento de este nuevo Movimiento será buena prueba de que el carisma fundador es siempre fecundo y activo. Aún hace falta dedicar tiempo a la reflexión y al discernimiento, y reservar espacios para ello, si queremos de verdad encontrar respuestas a los desafíos de nuestro mundo.

En el ámbito de la reflexión espiritual y de su difusión En el Coloquio que tuvo lugar en los Bernardinos de París, en diciembre de 2017, sobre el pensamiento del Padre Caffarel, la Hermana Fernanda Barbiero mostró en una conferencia sobre la revista «L'Anneau d'Or» el papel esencial que ésta jugó en el universo espiritual de su tiempo. Concluyó la conferencia diciendo que « *L'Anneau d'Or abrió caminos que quedan todavía por recorrer* ». Ciertamente, esta revista, mucho más allá de su papel de enlace entre los equipistas de su época, abrió perspectivas que sería el momento de ampliar y actualizar hoy.

¿No sería necesario, en este periodo de profunda mutación, abrir un espacio de reflexión y de creación capaz de suscitar entre nuestros contemporáneos un interés y una convicción acerca del tema esencial de la espiritualidad conyugal en los albores del tercer milenio?

Claro que los medios no tendrían mucho que ver con los de «L'Anneau d'Or»; convendría movilizar todas las modernas herramientas de comunicación que permitan llegar a tocar a los equipistas de manera muy directa y personalizada, así como, quizás, a públicos más extensos.

Este objetivo podría incluirse en los espacios de reflexión y de creatividad de los responsables del Movimiento y, más ampliamente, del conjunto de los equipistas que encontrarán ahí una dimensión esencial de su vocación misionera.

Conclusión

El futuro de los Equipos de Nuestra Señora se basará siempre en una mayor comunión. Sólo siguiendo la lógica del Amor y del don podremos alcanzar esa comunión en las diferentes esferas de nuestra vida, en el seno del Movimiento y de la Iglesia. Los miembros de los ENS participan a su manera en la función profética, sacerdotal, real de Cristo en la Iglesia y en el mundo.

Evangelizar no es una invitación optativa sino un deber constante. *“Evangelizar es reconocerse en la Iglesia misionera”*. Es reconocer la llamada de Dios.

Ha llegado el momento de dar pleno sentido a la existencia de los ENS, que se sienten capaces de aceptar y de responder a las grandes interpelaciones del mundo gracias a su identidad y a su especificidad misioneras, que conducen a cada matrimonio a comprometerse con toda responsabilidad en la Misión.

La Misión del Movimiento es la de formar, encuadrar y motivar a los matrimonios a ser agentes de la Buena Noticia y anunciar al mundo en que vivimos los valores del Evangelio en el seno de la pareja y de la familia, pilares que sostienen el puente que debemos atravesar y que nos obligan cada vez más a un compromiso basado en la estabilidad del amor.

Recrear y adaptar los medios de Formación, garantizando la fidelidad a nuestro carisma, para dar respuesta a los retos concretos de nuestros días: he aquí el primer paso a dar.

Los ENS pueden llevar a cabo en la “Iglesia en salida”, según la expresión del Papa Francisco, una acción evangelizadora de incalculable dimensión. Por eso los ENS no pueden limitarse a una espiritualidad *autorreferencial*, sino que deben realizarse en una perspectiva pastoral que es indispensable para la transformación del mundo. Si iluminamos por todo el mundo el matrimonio y la familia con la verdadera luz del Evangelio, se abrirá un nuevo camino que será motivo de esperanza y de alegría para todos.

A veces, incluso respetando los Puntos Concretos de Esfuerzo, se puede olvidar en qué consiste la verdadera exigencia del ser cristiano. Nuestro Movimiento podría quedarse reducido a la estricta observancia de una regla sin tomarse la molestia de mirar a su alrededor para ver de quien *«hacerse prójimo»*. El Padre Caffarel nunca separó nuestra vocación de nuestra misión. Él decía que había que tener en cuenta siempre esos dos aspectos. Sepamos hacer nuestras las palabras pronunciadas al final de cada misa: «Id a servir al Señor».

Concluimos con el Padre Caffarel: « Más amor en los hogares, más caridad en los equipos, y más dinamismo misionero... ».

**Dado a los Equipos de Nuestra Señora
Por el equipo Responsable Internacional
En Fátima, el 20 de julio de 2018**